



Título original: *Dracula*

© 2026, de la traducción por Rubén Armas Gutiérrez

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-43-8

DL: B 1.906-2026

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en mayo de 2026 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



BRAM STOKER

DRÁCULA

TRADUCCIÓN DE RUBÉN ARMAS GUTIÉRREZ



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

A mi querido amigo, Hommy-Beg

La lectura de este texto reflejará la disposición de los documentos en orden de sucesión. Se ha prescindido de todo elemento accesorio, permitiendo que una narración que roza los límites de lo creíble para la mentalidad actual se exponga con la sobriedad de los hechos desnudos. En ningún pasaje se recurre a reconstrucciones retrospectivas susceptibles de error, ya que los testimonios seleccionados son contemporáneos a los acontecimientos y se presentan desde la mirada y el conocimiento de quienes los redactaron.

DIARIO DE JONATHAN HARKER (EN TAQUIGRAFÍA)

Bistritz, 3 de mayo. Salí de Múnich a las ocho de la tarde del 1 de mayo, llegué a Viena a la mañana siguiente, temprano; debería haber llegado a las seis cuarenta y seis, pero el tren llevaba una hora de retraso. Budapest parece un lugar maravilloso, a juzgar por lo poco que pude ver desde el tren y por la pequeña caminata que di por sus calles. Temí alejarme mucho de la estación, ya que, como habíamos llegado tarde, saldríamos lo más cerca posible de la hora fijada. La impresión que tuve fue que estábamos saliendo del oeste y entrando en el este. Por el más occidental de los espléndidos puentes sobre el Danubio, que aquí es ancho y profundo, llegamos a los lugares en otro tiempo sujetos al dominio de los turcos.

Salimos con bastante buen tiempo, y era noche cerrada cuando llegamos a Klausenburg, donde pasé la noche en el hotel Royale. En la comida, o, mejor dicho, en la cena, comí pollo preparado con pimentón rojo, que estaba delicioso, pero que me dio mucha sed. (Recordar conseguir la receta para Mina). Le pregunté al camarero y me dijo que se llamaba *paprika hendl* y que, como era un plato nacional, me sería muy fácil encontrarlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Descubrí que mis escasos conocimientos del alemán me servían; de hecho, no sé cómo me las habría arreglado sin ellos.

Como dispuse de algo de tiempo libre cuando estuve en Londres, visité el British Museum y estudié los libros y mapas de la biblioteca que se referían a Transilvania; se me había ocurrido que un previo conocimiento del país siempre sería de utilidad e importancia para tratar con un noble de la región. Descubrí que el distrito que él me había mencionado se encontraba en el extremo oriental del país, justamente en la frontera de tres estados: Transilvania, Moldavia y Bukovina, en el centro de los montes Cárpatos; una de las partes más

salvajes y menos conocidas de Europa. No pude descubrir ningún mapa ni obra que arrojara luz sobre la exacta localización del castillo de Drácula, pues no hay mapas en este país que se puedan comparar en exactitud con los nuestros; pero descubrí que Bistritz, el pueblo de posta mencionado por el conde Drácula, era un lugar bastante conocido. Voy a incluir algunas notas, ya que pueden refrescarme la memoria cuando le relate mis viajes a Mina.

En la población de Transilvania hay cuatro nacionalidades distintas: sajones en el sur, y mezclados con ellos los valacos, que son descendientes de los dacios; magiares en el oeste, y esquelios en el este y el norte. Voy entre estos últimos, que aseguran ser descendientes de Atila y los hunos. Esto puede ser cierto, puesto que cuando los magiares conquistaron el país, en el siglo XI, encontraron a los hunos, que ya se habían establecido en él. Leo que todas las supersticiones conocidas en el mundo están reunidas en la herradura de los Cárpatos, como si fuese el centro de alguna especie de remolino imaginativo; si es así, mi estancia puede ser muy interesante. (Recordar que debo preguntarle al conde al respecto).

No dormí bien, aunque mi cama era cómoda, porque tuve toda clase de extraños sueños. Durante toda la noche un perro aulló bajo mi ventana, lo cual puede haber incidido, o puede haber sido también la paprika, puesto que tuve que beberme toda el agua de mi garrafón, y todavía me quedé sediento.

Ya de madrugada me dormí, pero me despertaron unos golpes insistentes en mi puerta, por lo que supongo que en esos momentos estaba durmiendo profundamente. Comí más paprika en el desayuno y una especie de potaje hecho de harina de maíz que llaman *mamaliga*, y berenjena rellena con picadillo, un excelente plato al cual llaman *impletata*. (Recordar hacerme también con la receta de esto). Me apresuré a desayunar, ya que el tren salía un poco después de las ocho, o, mejor dicho, debería haber salido, pues después de correr a la estación a las siete y media tuve que aguardar sentado en el vagón durante más de una hora antes de que nos pusiéramos en movimiento. Me parece que, cuanto más se adentra uno en Oriente, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Durante todo el día contemplamos un país lleno de toda clase de bellezas. A veces vimos pueblecitos o castillos en la cúspide de empinadas colinas, como los que se ven en los antiguos misales; algunas veces pasábamos junto a ríos y arroyuelos, que, por sus amplios y pedregosos márgenes, parecían estar sujetos a grandes desbordamientos.

Se necesita gran cantidad de agua, con una corriente muy fuerte, para poder limpiar la orilla de un río. En todas las estaciones había grupos de gente, algunas veces multitudes, y con toda clase de atuendos. Algunos de ellos eran exactamente iguales a los campesinos de mi país, o a los que había visto cuando atravesaba Francia y Alemania, con chaquetas cortas y sombreros redondos y pantalones hechos por ellos mismos; pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres eran bonitas, excepto cuando uno se acercaba a ellas, pues eran bastante gruesas alrededor de la cintura. Todas llevaban largas mangas blancas, y la mayor parte de ellas tenían anchos cinturones con un montón de flecos de algo que les colgaba como en los vestidos de un *ballet*, pero por supuesto llevaban enaguas debajo de ellos. Las figuras más extrañas que vimos fueron los eslovacos, más bárbaros que el resto, con sus amplios sombreros de vaquero, grandes pantalones bombachos y sucios, camisas blancas de lino y enormes y pesados cinturones de cuero, casi de treinta centímetros de ancho, completamente tachonados con clavos de hojalata. Usaban botas altas, con los pantalones metidos dentro de ellas, y tenían el pelo largo y negro, y bigotes negros y grandes. Eran muy pintorescos, pero no parecían simpáticos. En cualquier lugar se les reconocería inmediatamente como alguna antigua banda de bandoleros. Sin embargo, me dicen que son inofensivos y bastante tímidos.

Ya estaba anocheciendo cuando llegamos a Bistritz, una antigua localidad muy interesante. Como está prácticamente en la frontera, dado que el Paso del Borgo conduce desde ahí a Bukovina, ha tenido una existencia bastante agitada, y desde luego pueden verse las señales de ella. Hace cincuenta años hubo grandes incendios que causaron terribles estragos en cinco ocasiones diferentes. A comienzos del siglo XVII sufrió un asedio de tres semanas, durante el cual murieron trece mil personas, y a las bajas de la guerra se agregaron las causadas por el hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que fuese al hotel Golden Kro-ne, el cual, para mi gran satisfacción, era bastante anticuado, puesto que quería conocer todo lo que me fuese posible de las costumbres del país. Evidentemente me esperaban; cuando me acerqué a la puerta me encontré frente a una mujer ya entrada en años, de rostro alegre, vestida a la usanza campesina: ropa interior blanca con un doble delantal, por delante y por detrás, de tela vistosa, tan ajustado al cuerpo que no podía calificarse de modesto. Cuando me acerqué, ella se inclinó y dijo:

—¿El señor inglés?

—Sí —le respondí—, Jonathan Harker.

Ella sonrió y le dio algunas instrucciones a un anciano en camisa de blancas mangas, que la había seguido hasta la puerta. El hombre se fue, pero regresó inmediatamente con una carta:

Mi querido amigo:

Bienvenido a los Cárpatos. Lo estoy esperando con impaciencia. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bukovina; ya tiene un lugar reservado. En el desfiladero del Borgo lo aguardará mi carruaje y lo traerá a mi casa. Deseo que su viaje desde Londres haya transcurrido sin tropiezos y que disfrute de su estancia en mi bello país.

Su amigo,

Drácula

4 de mayo. Averigüé que mi posadero había recibido una carta del conde, ordenándole que asegurara el mejor lugar del coche para mí; pero al inquirir acerca de los detalles se mostró un tanto reticente y fingió que no entendía mi alemán. Esto no podía ser cierto, porque hasta ese momento lo había entendido perfectamente, ya que había respondido a mis preguntas como si las entendiera. Él y su mujer, la anciana que me había recibido, se miraron con temor. Él murmuró que le habían enviado el dinero en una carta, y que era todo lo que sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula y si podía decirme algo de su castillo, tanto él como su mujer se santiguaron, y, diciendo que no sabían nada de nada, simplemente se negaron a decir más.

Estaba ya tan cerca la hora de la partida que no tuve tiempo de preguntarle a nadie más, pero todo me parecía muy misterioso y de ninguna manera tranquilizante.

Unos instantes antes de que saliera, la anciana subió hasta mi cuarto y dijo, con voz nerviosa:

—¿Tiene que ir? ¡Oh! Joven señor, ¿tiene que ir?

Estaba en tal estado de nervios que pareció haber perdido la noción del poco alemán que sabía, y lo mezcló todo con otro idioma del cual yo no entendí ni una palabra. Apenas comprendí algo haciéndole numerosas preguntas. Cuando le dije que tenía que irme inmediatamente, y que estaba comprometido en negocios importantes, preguntó otra vez:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

Le respondí que era el 4 de mayo. Ella movió la cabeza y habló otra vez:

—¡Oh, sí! Eso ya lo sé. Eso ya lo sé, pero ¿sabe usted qué día es hoy? —Al responderle yo que no la entendía, ella continuó—: Es la víspera del día de San Jorge. ¿No sabe usted que hoy por la noche, cuando el reloj marque las doce, todas las cosas demoníacas del mundo tendrán pleno poder? ¿Sabe usted adónde va y a qué?

Estaba en tal grado de desesperación que traté de calmarla, pero sin éxito. Finalmente, cayó de rodillas y me imploró que no fuera; que por lo menos esperara uno o dos días antes de partir. Todo aquello era bastante ridículo, pero me sentí intranquilo. Sin embargo, tenía un negocio que arreglar y no podía permitir que nada se interpusiera. Por lo tanto, traté de levantarla y le dije, tan seriamente como pude, que se lo agradecía, pero que mi deber era imperativo y tenía que partir. Entonces ella se levantó y se secó los ojos, y me ofreció un crucifijo que llevaba en el cuello. Yo no sabía qué hacer, pues, como fiel de la Iglesia Anglicana, me he acostumbrado a ver semejantes cosas como símbolos de idolatría, pero me pareció descortés rechazárselo a una anciana con tan buenos propósitos y en tal estado mental. Supongo que ella pudo leer la duda en mi rostro, ya que me puso el rosario alrededor del cuello, y dijo:

—Hágalo por su madre.

Y luego salió del cuarto.

Estoy escribiendo esta parte de mi diario mientras espero el coche, que, por supuesto, viene con retraso, y el crucifijo todavía cuelga alrededor de mi cuello. No sé si es el miedo de la anciana o las múltiples tradiciones fantasmales de este lugar, o el mismo crucifijo, pero lo cierto es que no me siento tan tranquilo como de costumbre. Si este libro llega alguna vez a manos de Mina antes que yo, que le lleve mi adiós. ¡Aquí viene mi coche!

5 de mayo. En el castillo. La oscuridad de la mañana ha pasado y el sol está muy alto sobre el horizonte distante, que parece quebrado, no sé si por árboles o por colinas, pues está tan alejado que las cosas grandes y pequeñas se mezclan. No tengo sueño y, como no me llamarán hasta que me despierte por mí mismo, voy a escribir hasta que llegue el sueño. Hay muchas cosas raras que quisiera anotar, y, para que nadie al leerlas pueda imaginarse que cené demasiado bien antes de salir de Bistriz, también anotaré exactamente mi cena. Cené lo que ellos llaman «filete del ladrón», con rodajas de tocino, cebolla y

carne de res, todo sazonado con pimiento rojo ensartado en palos y asado. ¡En el estilo sencillo de la «carne para gato» de Londres! El vino era Golden Mediasch, que produce una rara picazón en la lengua, la cual, sin embargo, no es desagradable. Solo bebí un par de vasos de este vino, y nada más.

Cuando llegué al coche, el conductor todavía no había tomado asiento, y lo vi hablando con la dueña de la posada. Evidentemente hablaban de mí, ya que de vez en cuando se volvían para mirarme, y algunas de las personas que estaban sentadas en el banco exterior junto a la puerta (al que llaman con una palabra que significa «portador de palabras») se acercaron y escucharon, y luego me miraron, la mayor parte de ellos con lástima. Pude escuchar muchas palabras que se repetían a menudo: palabras raras, pues había muchas nacionalidades en el grupo; así que tranquilamente extraje mi diccionario políglota de la maleta y las busqué. Debo admitir que no me produjeron ninguna alegría, ya que entre ellas estaban *ordog*, «Satanás»; *pokol*, «infierno»; *stregoica*, «bruja»; *vrolok* y *vlkoslak*, que significan lo mismo, una en eslovaco y la otra en serbio: «hombre lobo o un vampiro». (Recordar: debo preguntarle al conde acerca de estas supersticiones).

Cuando partimos, todas las personas que conformaban la multitud alrededor de la puerta de la posada, que para entonces ya había crecido a un número considerable, hicieron la señal de la cruz y dirigieron dos dedos hacia mí. Con alguna dificultad conseguí que un pasajero acompañante me dijera qué significaba todo aquello; al principio no quería responderme, pero, cuando supo que yo era inglés, me explicó que era un hechizo o protección contra el mal de ojo. Esto tampoco me agradó, teniendo en cuenta que partía hacia un lugar desconocido con un hombre desconocido; pero todo el mundo parecía tan bondadoso, tan compasivo y tan simpático que no pude evitar sentirme emocionado.

Nunca olvidaré el último vistazo que eché al patio interior de la posada y su multitud de pintorescos personajes, todos persignándose, mientras permanecían alrededor del amplio pórtico, con su fondo de rico follaje de adelfas y árboles de naranjo en grandes macetas verdes en el centro del patio. Entonces nuestro conductor, cuyo amplio pantalón de lino cubría todo el asiento frontal (ellos lo llaman *gotza*), fustigó su gran látigo sobre los cuatro pequeños caballos, que echaron a correr, e iniciamos nuestro viaje.

Pronto olvidé los temores fantasmales ante la belleza del paisaje que

atravesábamos, aunque, si yo hubiese conocido el idioma, o mejor, los idiomas que hablaban mis compañeros de viaje, quizá no habría sido capaz de olvidarlos tan fácilmente. Ante nosotros se extendía el verde campo inclinado lleno de bosques con empinadas colinas aquí y allá, coronadas con cúmulos de árboles o con blancas granjas de tejados a dos aguas apuntando hacia el camino.

Por todos lados había una enloquecedora cantidad de frutos en flor: manzanas, ciruelas, peras y fresas. Y, a medida que avanzábamos, pude ver cómo la verde hierba bajo los árboles estaba cuajada con pétalos caídos. El camino entraba y salía entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman «Tierra Media», perdiéndose entre las herbosas curvas, o cortando por los extremos de los bosques de pinos, que aquí y allá cubrían las laderas como lenguas de fuego. El camino era áspero, pero a pesar de ello parecía que volábamos con una prisa excitante. Entonces no podía entender a qué se debía esa prisa, pero evidentemente el conductor no quería perder el tiempo antes de llegar al desfiladero del Borgo. Me dijo que el camino era excelente en verano, pero que todavía no había sido arreglado después de las nieves del invierno. En este sentido era diferente a la mayoría de los caminos de los Cárpatos, puesto que es una antigua tradición que no deben ser mantenidos en tan buen estado. Desde la antigüedad los hospedares no podían repararlos, porque entonces los turcos pensaban que se estaban preparando para traer tropas extranjeras, y de esta manera atizar la guerra que siempre estaba verdaderamente a punto de desatarse. Más allá de las verdes e hinchadas lomas de la Tierra Media, se levantaban imponentes colinas de bosques que llegaban hasta las elevadas cumbres de los Cárpatos. Se alzaban a izquierda y derecha, con el sol de la tarde cayendo de lleno sobre ellas y haciendo relucir los gloriosos colores de esta bella cordillera, azul profundo y morado en las sombras de los picos, verde y marrón donde la hierba y las piedras se mezclaban, y una infinita perspectiva de rocas dentadas y puntiagudos riscos, hasta que ellos mismos se perdían en la distancia, donde las cumbres nevadas se alzaban grandiosamente. Aquí y allá parecían descubrirse imponentes grietas en las montañas, a través de las cuales, cuando el sol comenzó a descender, vimos en algunas ocasiones el blanco destello del agua cayendo. Uno de mis compañeros me tocó el brazo mientras nos deslizábamos alrededor de la base de una colina y señaló la elevada cima de una montaña cubierta de nieve, que parecía, según avanzábamos en nuestra serpenteante carretera, estar frente a nosotros.

—¡Mire, *Istun Szek*, el Trono de Dios! —me dijo, y se santiguó con reverencia.

A medida que continuamos por nuestro interminable camino y el sol se hundía cada vez más detrás de nosotros, las sombras de la tarde comenzaron a rodearnos. Este hecho quedó realzado porque las cimas de las nevadas montañas todavía recibían los rayos del sol, y parecían brillar con un delicado y frío color rosado. Aquí y allá pasamos ante checos y eslovacos, todos en sus pintorescos atuendos, pero noté que el bocio prevalecía dolorosamente. A lo largo de la carretera había muchas cruces, y al pasar ante ellas, todos mis compañeros se persignaron. Aquí y allá había una campesina arrodillada frente a un altar, que ni siquiera se volvía al acercarnos, sino que más bien parecía, en el entusiasmo de la devoción, no tener ojos ni oídos para el mundo exterior. Muchas cosas eran completamente nuevas para mí; por ejemplo, hacinas de paja en los árboles, y aquí y allá, grupos muy bellos de sauces llorones, con sus blancas ramas brillando como plata a través del delicado verde de las hojas. De vez en cuando nos cruzábamos con un vagón *leiter* (la carreta ordinaria de los campesinos) con sus vértebras largas, serpenteantes, diseñado para ajustarse a las desigualdades de la carretera. En cada uno de ellos iban sentados campesinos que regresaban a sus hogares, los checos con sus pieles de oveja blancas y los eslovacos con pieles de color. Estos últimos llevaban largos palos como si fueran lanzas, con un hacha en el extremo. Al caer la tarde empezó a hacer mucho frío, y la creciente penumbra pareció mezclar en una sola bruma la lobreguez de los árboles, robles, hayas y pinos, aunque en los valles que corrían profundamente a través de los surcos de las colinas, a medida que ascendíamos hacia el desfiladero, se destacaban contra el fondo de la tardía nieve los oscuros abetos. Algunas veces, cuando la carretera atravesaba los bosques de pinos que parecían acercarse a nosotros en la oscuridad, grandes masas grisáceas desparramadas aquí y allá entre los árboles producían un efecto lóbrego y solemne, que hacía renacer los pensamientos y las siniestras fantasías engendradas más temprano en la tarde, cuando el sol poniente arrojaba un extraño consuelo a las fantasmales nubes que entre los Cárpatos, por lo visto, vagabundean incesantemente por los valles. En ocasiones las colinas eran tan empinadas que, a pesar de la prisa de nuestro conductor, los caballos solo podían avanzar muy lentamente. Yo quise bajarme del coche y caminar al lado de ellos, tal como hacemos en mi país, pero el cochero no quiso saber nada de eso.

—No, no —me dijo—, no debe usted caminar aquí. Los perros son muy fieros —dijo, y luego añadió, con lo que evidentemente parecía ser una broma pesada, puesto que miró a su alrededor para captar las sonrisas afirmativas de los demás—: Ya tendrá usted suficiente que hacer antes de irse a dormir.

La única parada que hizo fue para encender las lámparas.

Cuando oscureció, los pasajeros parecieron ponerse más nerviosos y continuamente hablaban al cochero, uno tras otro, como instándole a acelerar. Fustigó a los caballos sin piedad con su largo látigo, y con salvajes gritos de aliento trató de obligarlos a esforzarse más. Entonces, a través de la oscuridad, pude ver una especie de mancha de luz gris delante de nosotros, como si hubiese una hendidura en las colinas. La intranquilidad de los pasajeros aumentó; el enloquecido carruaje se bamboleaba sobre sus grandes resortes de cuero y se inclinaba hacia uno y otro lado como un barco sacudido por un mar tempestuoso. Yo tuve que sujetarme. El camino se hizo más nivelado y parecía que volábamos sobre él. Las montañas parecían acercarse a nosotros desde ambos lados, como si quisiesen estrangularnos, y nos encontramos a la entrada del Paso del Borgo. Uno por uno todos los pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo de una manera tan sincera que no había modo de negarse a recibirlos. Desde luego los regalos eran de muy diversas y extrañas clases, pero cada uno me lo entregó de muy buena voluntad, con palabras amables, y con una bendición, esa extraña mezcla de movimientos temerosos que ya había visto frente al hotel en Bistritz: la señal de la cruz y el hechizo contra el mal de ojo. Entonces, mientras avanzábamos a toda velocidad, el cochero se inclinó hacia delante y, a cada lado, los pasajeros escudriñaron nerviosos la oscuridad por las ventanillas.

Era evidente que esperaban que sucediera algo raro, pero, aunque le pregunté a cada uno de los pasajeros, ninguno me dio la menor explicación. Este estado de ánimo duró un rato, y al final vimos cómo el desfiladero se abría hacia el lado oriental. Sobre nosotros pendían oscuras y tenebrosas nubes, y el aire era pesado, cargado con la opresiva sensación del trueno. Parecía como si la cordillera separara dos atmósferas y acabáramos de entrar en la tormentosa. Yo mismo me puse a buscar el vehículo que debía llevarme hasta la residencia del conde. A cada instante esperaba ver el destello de lámparas a través de la penumbra, pero todo permanecía en la mayor oscuridad. La única luz provenía de los parpadeantes rayos de nuestras propias lámparas, en las cuales el vaho de los agotados caballos se elevaba como

nubes blancas. Por fin pudimos ver el arenoso camino extendiéndose blanco frente a nosotros, pero no había el menor rastro de un vehículo. Los pasajeros se reclinaron con un suspiro de alegría, que parecía burlarse de mi propia desilusión. Ya estaba pensando qué podía hacer en tal situación cuando el cochero, mirando su reloj, dijo a los otros algo con un tono tan suave y misterioso que apenas pude oírlo. Creo que fue algo así como «Una hora antes de tiempo». Entonces se volvió hacia mí y me dijo en un alemán peor que el mío:

—No hay ningún carruaje aquí. Después de todo, nadie espera al señor. Será mejor que ahora venga con nosotros a Bukovina y regrese mañana, o mejor al día siguiente.

Mientras hablaba, los caballos comenzaron a relinchar y a bufar, y a encabritarse tan salvajemente que el cochero tuvo que sujetarlos con firmeza. Entonces, en medio de un coro de gritos de los campesinos que se santiguaban apresuradamente, apareció detrás de nosotros una calesa, nos alcanzó y se detuvo al lado de nuestro coche. Por la luz que despedían nuestras lámparas, al caer los rayos sobre ellos, pude ver que los caballos eran unos espléndidos animales, negros como el carbón. Estaban conducidos por un hombre alto, con una larga barba grisácea y un gran sombrero negro, que parecía ocultar su rostro de nosotros. Solo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes, que parecían rojos al resplandor de la lámpara, cuando el hombre se volvió hacia nosotros. Se dirigió al cochero:

—Ha llegado usted muy temprano hoy, amigo.

El hombre replicó balbuceando:

—El señor inglés tenía prisa.

Entonces el extraño volvió a hablar:

—Y supongo que por eso usted deseaba que él siguiera hasta Bukovina. No puede engañarme, amigo mío. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Y al hablar sonrió, y cuando la luz de la lámpara cayó sobre su fina y dura boca, de labios muy rojos, sus dientes afilados brillaron blancos como el marfil. Uno de mis compañeros le susurró a otro aquel verso de *Leonora* de Bürger:

—*Denn die Todten reiten schnell*¹.

El extraño conductor oyó las palabras, ya que alzó la mirada con una sonrisa centelleante. El pasajero escondió el rostro al mismo tiempo que hizo la señal con los dos dedos y se santiguó.

¹ Pues los muertos viajan deprisa. (N. del. T.)

—Deme el equipaje del señor —dijo el extraño cochero.

Con una presteza excesiva sacaron y acomodaron mis maletas en la calesa. Luego bajé del coche, ya que la calesa estaba situada a su lado, y el cochero me ayudó con una mano que agarró mi brazo como un puño de acero; su fuerza debía de ser prodigiosa. Sin decir palabra agitó las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos deslizamos hacia la oscuridad del desfiladero. Al mirar hacia atrás vi el vaho de los caballos del coche a la luz de las lámparas, y proyectadas contra ella las figuras de mis, hasta hacía poco, compañeros persignándose. Entonces el cochero fustigó su látigo y gritó a los caballos, y estos arrancaron con rumbo a Bukovina. Al perderse en la oscuridad sentí un extraño escalofrío y un sentimiento de soledad se apoderó de mí. Pero mi nuevo cochero me dio una capa y puso una manta sobre mis rodillas, hablando luego en excelente alemán:

—La noche es fría, señor mío, y mi señor el conde me pidió que tuviera buen cuidado de usted. Debajo del asiento hay una botella de *slivovitz* (el licor regional de ciruelas), por si le apetece.

Pero yo no tomé nada, aunque era agradable saber que había una provisión de licor. Un extraño temor se apoderó de mí. Creo que, si hubiese habido otra alternativa, la habría elegido en vez de continuar aquel misterioso viaje nocturno.

El carruaje avanzó a paso rápido, en línea recta; luego tomamos una curva completa y nos internamos por otro camino recto. Me pareció que simplemente dábamos vueltas una y otra vez sobre el mismo lugar; así pues, tomé nota de un punto sobresaliente y confirmé mis sospechas. Me habría gustado preguntarle al cochero qué significaba todo aquello, pero lo cierto es que tuve miedo, ya que pensé que, en la situación en que me encontraba, cualquier protesta no podría tener el efecto deseado en caso de que hubiese una intención de retraso. Al cabo de un rato, sin embargo, sintiéndome curioso por saber cuánto tiempo había pasado, encendí un fósforo y a la luz de este miré mi reloj; faltaban pocos minutos para la medianoche. Esto me provocó una especie de sobresalto, pues supongo que la superstición general acerca de la medianoche había aumentado debido a mis recientes experiencias. Me quedé aguardando con una enfermiza sensación de ansiedad.

Entonces un perro comenzó a aullar en alguna casa campesina más adelante del camino. Dejó escapar un largo y lúgubre aullido, como si tuviera miedo. Su lamento fue seguido por otro perro y por otro y otro, hasta que, nacido como el viento que ahora pasaba suavemente

a través del desfiladero, comenzó un aterrador concierto de aullidos que parecían llegar de todos los puntos del campo, desde tan lejos como la imaginación alcanzase a captar a través de las tinieblas de la noche. Desde el primer aullido los caballos comenzaron a bufar y a inquietarse, pero el cochero les habló con dulzura, y ellos recobraron la calma, aunque temblaban y sudaban como si acabaran de pasar por un repentino susto. Entonces, en la lejana distancia, desde las montañas que estaban a cada lado de nosotros, llegó un aullido mucho más fuerte y agudo, el aullido de los lobos, que afectó a los caballos y a mi persona de igual modo, ya que estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos retrocedieron y se encabritaron frenéticamente, de manera que el cochero tuvo que emplear toda su fuerza para impedir que se desbocaran. Sin embargo, a los pocos minutos mis oídos se habían acostumbrado a los aullidos, y los caballos se habían calmado tanto que el cochero pudo descender y pararse frente a ellos. Los acaricié y tranquilicé, y les susurré algo al oído, tal como al parecer hacen los domadores de caballos, y con un efecto tan extraordinario que bajo estos mimos se volvieron nuevamente bastante obedientes, aunque todavía temblaban. El cochero volvió a su asiento, sacudí las riendas y reiniciamos nuestro viaje a buen paso.

Esta vez, después de llegar hasta el lado extremo del desfiladero, de repente cruzó por una estrecha senda que torcía en curva hacia la derecha. Pronto nos encontramos obstruidos por árboles, que en algunos lugares cubrían por completo el camino, formando una especie de túnel a través del cual pasábamos. Y además de eso, gigantescos peñascos amenazadores nos custodiaban a uno y otro lado. A pesar de encontrarnos protegidos, podíamos oír el viento que se levantaba, puesto que gemía y silbaba a través de las rocas, y las ramas de los árboles chocaban entre sí al pasar nosotros por el camino. Hacía cada vez más frío y comenzó a caer una fina nieve, de tal manera que muy pronto alrededor de nosotros todo estaba cubierto por un manto blanco. El viento todavía llevaba los aullidos de los perros, aunque fueron suavizándose a medida que nos alejábamos. El aullido de los lobos, en cambio, se acercó cada vez más, como si ellos se fuesen aproximando hacia nosotros por todos lados. Me sentí terriblemente angustiado, y los caballos compartieron mi miedo. Sin embargo, el cochero no parecía tener ningún temor; no dejaba de volver la cabeza a izquierda y derecha, pero yo no podía ver nada a través de la oscuridad.

De pronto, lejos, a la izquierda, divisé el débil resplandor de una llama azul. El cochero lo vio al mismo tiempo; inmediatamente hizo parar a los caballos, saltó a tierra y desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, sobre todo cuando parecía que los aullidos de los lobos se acercaban; pero, mientras dudaba, el cochero apareció otra vez y sin decir palabra tomó asiento y reanudamos nuestro viaje. Creo que debí de quedarme dormido y soñé con el incidente, que se repetía una y otra vez, y ahora, al recordarlo, me parece que fue una especie de pesadilla horrible. Una vez la llama apareció tan cerca del camino que pese a la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente hacia donde estaba la llama azul (debió de ser muy tenue, porque no parecía iluminar a su alrededor), y tomando algunas piedras las colocó de una forma significativa. En una ocasión fui víctima de un extraño efecto óptico: al interponerse entre la llama y yo, no pareció tajarla, porque continué viendo su fantasmal luminosidad. Esto me asombró, pero como solo fue un efecto momentáneo, supuse que mis ojos me habían engañado debido al esfuerzo que hacía en la oscuridad. Luego, por un tiempo, ya no aparecieron las llamas azules, y nos lanzamos velozmente a través de la oscuridad con los aullidos de los lobos rodeándonos, como si nos siguieran en círculos.

Finalmente, el cochero se alejó más que antes y durante su ausencia los caballos comenzaron a temblar y a bufar y relinchar de miedo. No pude ver ninguna causa que motivara su nerviosismo, porque los aullidos de los lobos habían cesado por completo; pero entonces la luna, navegando a través de las negras nubes, apareció detrás de la dentada cresta de una roca saliente revestida de pinos, y a su luz vi alrededor de nosotros un círculo de lobos, con dientes blancos y lenguas rojas y colgantes, con largos miembros vigorosos y pelo hirsuto. Eran cien veces más terribles en aquel lúgubre silencio que los rodeaba que cuando aullaban. Por mi parte, caí en una especie de parálisis de miedo. Solo cuando el hombre se encuentra cara a cara con el horror comprende su verdadero significado.

De pronto, todos los lobos comenzaron a aullar como si la luz de la luna produjera un efecto peculiar en ellos. Los caballos se encabritaron y retrocedieron, y miraron impotentes alrededor con unos ojos que giraban de manera dolorosa; pero el círculo viviente de terror los acompañaba a cada lado y tuvieron que permanecer a la fuerza en su interior. Yo le grité al cochero que regresara, pues me pareció que nuestra última alternativa era tratar de abrirnos paso a través del

círculo, y para ayudarlo a su regreso grité y golpeé a un lado de la calesa, esperando que el ruido espantara a los lobos de aquel lado y él tuviese oportunidad de subir al coche. Cómo pudo llegar al fin es algo que no sé; pero oí su voz alzarse en un tono de mando imperioso y, mirando hacia el lugar de donde provenía, lo vi parado en medio del camino. Agitó los largos brazos, como si tratase de apartar un obstáculo impalpable, y los lobos se retiraron, justamente en esos momentos una pesada nube pasó por delante de la cara de la luna, de modo que volvimos a sumirnos en la oscuridad.

Cuando pude ver otra vez, el conductor estaba subiendo a la calesa y los lobos habían desaparecido. Todo esto fue tan extraño y misterioso que me sentí sobrecogido por un angustioso pánico, y no tuve valor para moverme ni para hablar. El tiempo pareció interminable mientras continuamos nuestro camino, ahora en la más completa oscuridad, pues las negras nubes oscurecían la luna. Continuamos ascendiendo, con ocasionales períodos de rápidos descensos, pero ascendiendo la mayor parte del tiempo. De pronto tuve conciencia de que el conductor estaba deteniendo a los caballos en el patio interior de un inmenso castillo ruinoso, de cuyas altas ventanas negras no salía un solo rayo de luz, y cuyas quebradas murallas mostraban una línea dentada que destacaba contra el cielo iluminado por la luz de la luna.

DIARIO DE JONATHAN HARKER (CONTINUACIÓN)

5 de mayo. Debí de haberme dormido, pues seguro que si hubiese estado del todo despierto habría notado que nos acercábamos a un lugar tan extraordinario. En la oscuridad, el patio parecía ser de considerable tamaño, y como de él partían varios pasillos negros con grandes arcos redondos, quizá parecía ser más grande de lo que era en realidad. Todavía no he podido verlo a la luz del día.

Cuando la calesa se detuvo, el cochero saltó y me ofreció la mano para ayudarme a descender. Una vez más, pude comprobar su prodigiosa fuerza. Su mano prácticamente parecía una prensa de acero que habría podido estrujar la mía si lo hubiese querido. Luego bajó mis cosas y las colocó en el suelo a mi lado, mientras yo permanecía cerca de la gran puerta, vieja y tachonada de grandes clavos de hierro, situada en un zaguán de piedra maciza. Aun con aquella tenue luz pude ver que la piedra estaba esculpida de manera profusa, pero que las esculturas habían sido desgastadas por el tiempo y la lluvia. Mientras yo permanecía de pie, el cochero saltó otra vez a su asiento y agitó las riendas; los caballos iniciaron la marcha, y desaparecieron por uno de los oscuros pasadizos.

Permanecí en silencio donde estaba, porque en realidad no sabía qué hacer. No había señales de ninguna campana ni aldaba, y a través de aquellas enormes paredes y oscuras ventanas lo más probable era que mi voz no pudiera penetrar. El tiempo que esperé me pareció infinito, y sentí que las dudas y los temores me asaltaban. ¿A qué clase de lugar había llegado y entre qué clase de gente me encontraba? ¿En qué clase de lúgubre aventura me había embarcado? ¿Era aquel un incidente normal en la vida de un empleado del procurador enviado a explicar la compra de una propiedad en Londres a un extranjero? ¡Empleado del procurador! A Mina no le gustaría eso. Mejor procurador,

ya que justamente antes de salir de Londres recibí la noticia de que había aprobado el examen, ¡así que ahora yo ya era un procurador hecho y derecho!

Comencé a frotarme los ojos y a pellizcarme para ver si estaba despierto. Todo me parecía una horrible pesadilla, y esperaba despertar de pronto en mi casa con la aurora luchando por entrar a través de las ventanas, tal como ya me había sucedido en otras ocasiones después de trabajar demasiado el día anterior. Pero mi carne respondió a la prueba del pellizco, y mis ojos no se dejaban engañar. Era indudable que estaba despierto y en los Cárpatos. Lo único que podía hacer era tener paciencia y esperar a que llegara la aurora.

En cuanto llegué a esta conclusión, oí unos pasos pesados detrás de la gran puerta y vi a través de las hendiduras el brillo de una luz que se acercaba. Se oyó el ruido de cadenas que golpeaban y el chirrido de pesados cerrojos que se deslizaban. Una llave giró haciendo el típico chirrido que se genera por el poco uso, y la inmensa puerta se abrió hacia dentro.

En ella apareció un hombre alto, ya viejo, pulcramente afeitado, a excepción de un largo bigote blanco, y vestido de negro de la cabeza a los pies, sin ninguna nota de color en ninguna parte. Tenía en la mano una antigua lámpara de plata, en la cual la llama ardía sin globo ni protección de ninguna clase, lanzando largas y ondulantes sombras al fluctuar por la corriente de la puerta abierta. El anciano me hizo un ademán con cortesía y hablando en excelente inglés, aunque con una entonación extraña:

–Bienvenido a mi casa. ¡Entre con libertad y por su propia voluntad!

No hizo ningún movimiento para acercárseme, sino que permaneció inmóvil como una estatua, como si su gesto de bienvenida lo hubiese convertido en piedra. Sin embargo, en el instante en que crucé el umbral de la puerta, dio un paso hacia delante de forma impulsiva y, extendiendo la mano, sujetó la mía con una fuerza que me hizo retroceder, un efecto que no fue aminorado por el hecho de que parecía fría como el hielo, como si fuera la mano de un muerto y no la de un hombre vivo. Dijo otra vez:

–Bienvenido a mi casa. Venga libremente, váyase a salvo, y deje algo de la alegría que trae consigo.

La fuerza del apretón de mano era tan parecida a la que yo había notado en el cochero, cuyo rostro no había podido ver, que por un momento dudé si no estaba hablando con la misma persona; así que, para asegurarme, le pregunté:

—¿El conde Drácula?

Se inclinó cortésmente al responderme.

—Yo soy Drácula; y le doy mi bienvenida, señor Harker, a mi casa. Pase; el aire de la noche es frío, y sin duda usted necesita comer y descansar.

Mientras hablaba, puso la lámpara sobre un soporte en la pared y salió para tomar mi equipaje. Lo cogió antes de que yo pudiese evitarlo. Protesté, pero él insistió:

—No, señor; usted es mi huésped. Ya es tarde, y mis sirvientes no están disponibles. Deje que yo mismo me ocupe de su comodidad.

Insistió en llevar mis cosas a lo largo del pasillo y luego por unas grandes escaleras de caracol, y a través de otro largo pasillo en cuyo suelo de piedra nuestras pisadas resonaban con fuerza. Al final del mismo abrió de golpe una pesada puerta, y yo tuve el placer de ver un cuarto muy bien alumbrado con una mesa dispuesta para la cena, y en cuya chimenea un gran fuego de leña, seguramente recién encendido, lanzaba destellantes llamas.

El conde se detuvo, puso mis maletas en el suelo, cerró la puerta, cruzó la habitación y abrió otra puerta que daba a un pequeño cuarto octogonal alumbrado con una simple lámpara, y que a primera vista no parecía tener ninguna ventana. Pasando a través de este, abrió todavía otra puerta y me hizo señas para que pasara. Era una vista agradable, dado que allí había un gran dormitorio muy bien alumbrado y caldeado con el fuego de otra chimenea, que también acababa de ser encendida, pues la leña de encima todavía estaba fresca y crepitaba. El conde dejó mi equipaje y dijo antes de cerrar la puerta:

—Necesitará, después de su viaje, refrescarse un poco y arreglar sus cosas. Espero que esté todo a su gusto. Cuando termine pase al otro cuarto, donde encontrará su cena preparada.

La luz y el calor de la cortés bienvenida que me dispensó el conde parecieron disipar todas mis anteriores dudas y temores. Entonces, recuperado nuevamente mi estado normal, descubrí que estaba muerto de hambre, así que me arreglé lo más rápido que pude y entré en la otra habitación.

La cena ya estaba servida. Mi anfitrión estaba en pie al lado de la gran fogata, reclinado contra la chimenea de piedra; hizo un gracioso movimiento con la mano, señalando la mesa, y dijo:

—Le ruego que se siente y cene como mejor le plazca. Espero que me excuse por no acompañarlo, pero es que yo ya he comido, y no suelo cenar.

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había confiado. Él la abrió y la leyó con seriedad; luego, con una encantadora sonrisa, me la dio para que yo la leyera. Por lo menos un pasaje de ella me proporcionó gran placer.

Lamento que un ataque de gota, enfermedad que estoy constantemente sufriendo, me haga del todo imposible efectuar cualquier viaje por un tiempo; pero me alegra decirle que puedo enviarle un sustituto eficiente, una persona en la cual tengo la más completa confianza. Es un hombre joven, lleno de energía y de talento, y de gran ánimo y disposición. Es discreto y silencioso, y ha crecido y madurado a mi servicio. Estará preparado para atenderlo cuando usted desee durante su estancia en esa ciudad, y tomará instrucciones de usted en todos los asuntos.

El propio conde se acercó a mí y quitó la tapa del plato, y de inmediato atacó un excelente pollo asado. Esto, con algo de queso y ensalada, y una botella de Tokay añejo, del cual bebí dos vasos, fue mi cena. Durante el tiempo que estuve comiendo el conde me hizo muchas preguntas acerca de mi viaje, y yo le comuniqué todo lo que había experimentado.

Una vez terminada la cena y, por indicación de mi anfitrión, acerqué una silla al fuego y comencé a fumar un cigarro que él me había ofrecido al mismo tiempo que se excusaba por no fumar. Así tuve oportunidad de observarlo, y percibí que tenía una fisonomía de rasgos muy acentuados.

Su cara era fuerte, muy fuerte, aguileña, con un puente muy marcado sobre la fina nariz y los orificios nasales de ella peculiarmente arqueados; con una frente alta y despejada, y el pelo gris que le crecía poco alrededor de las sienes, pero de manera profusa en otras partes. Sus cejas eran muy espesas, casi se encontraban en el entrecejo, y con un pelo tan abundante que parecía encrespase por su misma profusión.

La boca, por lo que podía ver de ella bajo el tupido bigote, era fina y tenía una apariencia más bien cruel, con unos dientes blancos peculiarmente afilados que sobresalían sobre los labios, cuya notable rudeza mostraba una singular vitalidad en un hombre de su edad. En cuanto a lo demás, sus orejas eran puntiagudas; el mentón era amplio y fuerte, y las mejillas firmes, aunque delgadas. La tez era de una palidez extraordinaria.

Hasta entonces había observado el dorso de sus manos mientras

descansaban sobre sus rodillas a la luz del fuego, y me habían parecido bastante blancas y finas; pero, viéndolas más de cerca, me percaté de que eran bastante toscas, anchas y con dedos rechonchos. Y una rareza: tenía pelos en el centro de la palma. Las uñas eran largas y finas, y cortadas en punta. Cuando el conde se inclinó hacia mí y una de sus manos me tocó, no pude reprimir un escalofrío. Tal vez fuera por su fétido aliento, pero lo cierto es que una terrible sensación de náusea se apoderó de mí, la cual, a pesar del esfuerzo que hice, no pude reprimir. Evidentemente, el conde, notándola, se retiró, y con una sonrisa un tanto lúgubre, que mostró más que hasta entonces sus protuberantes dientes, se sentó otra vez en su propio lado frente a la chimenea. Los dos permanecemos silenciosos unos instantes, y cuando miró hacia la ventana vi los primeros débiles fulgores de la aurora, que se acercaba. Una extraña quietud parecía envolverlo todo; pero al escuchar más atentamente, pude oír, como si proviniera del valle situado más abajo, el aullido de muchos lobos. Los ojos del conde brillaron, y dijo:

–Escúchelos. Los hijos de la noche. ¡Qué música entonan!

Pero viendo, supongo, alguna extraña expresión en mi rostro, se apresuró a agregar:

–¡Ah, sir! Ustedes los habitantes de la ciudad no pueden penetrar en los sentimientos de un cazador.

Luego se incorporó, y dijo:

–Pero la verdad es que debe de estar cansado. Su alcoba está preparada, y mañana podrá dormir tanto como desee. Estaré ausente hasta el atardecer, así que ¡duerma bien y tenga dulces sueños!

Con una cortés inclinación, él mismo me abrió la puerta que comunicaba con el cuarto octogonal, y entré en mi dormitorio.

Estoy desconcertado. Dudo, temo, pienso cosas extrañas, y yo mismo no me atrevo a confesarme a mi propia alma. ¡Que Dios me proteja, aunque solo sea por amor a mis seres queridos!

7 de mayo. Es otra vez temprano por la mañana, pero he descansado bien las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta muy tarde, entrado el día. Cuando me vestí, fui al cuarto donde había cenado la noche anterior y encontré un desayuno frío preparado, con el café caliente debido a que la cafetera había sido colocada sobre la hornilla. En la mesa había una tarjeta con este mensaje: «Tengo que ausentarme un tiempo. No me espere».

Me senté y disfruté de una buena comida. Cuando terminé, busqué

una campanilla, para hacerles saber a los sirvientes que ya había terminado, pero no encontré ninguna. Ciertamente en la casa hay algunas deficiencias raras, en especial si se consideran las extraordinarias muestras de opulencia que me rodean. El servicio de la mesa es de oro, y tan bellamente labrado que debe de ser de un valor inmenso. Las cortinas y las tapicerías de las sillas y los sofás, y los cobertores de mi cama, son de telas preciosas, y deben de haber tenido un valor fabuloso cuando los hicieron, pues parecen tener siglos de antigüedad, aunque están en buen estado.

Vi algunas telas parecidas en Hampton Court, pero aquellas estaban usadas y rasgadas por las polillas. Sin embargo, todavía no he encontrado en ningún cuarto un espejo. Ni siquiera hay uno de mano en mi mesa, y para poder afeitarme y peinarme tuve que sacar mi pequeño espejo de la maleta. Tampoco he visto a sirviente alguno por ningún lado, ni he oído ningún otro ruido cerca del castillo, excepto el aullido de los lobos. Poco tiempo después de terminar mi comida (no sé cómo llamarla, si desayuno o cena, dado que la tomé entre las cinco y las seis de la tarde), busqué algo que leer, pero no quise deambular por el castillo antes de pedir permiso al conde. En el cuarto no pude encontrar absolutamente nada, ni libros ni periódicos ni nada impreso, así que abrí otra puerta del cuarto y di con una especie de biblioteca. Traté de abrir la puerta opuesta a la mía, pero estaba cerrada con llave.

En la biblioteca descubrí, para mi gran regocijo, un vasto número de libros en inglés, estantes enteros llenos de ellos, y volúmenes de periódicos y revistas encuadernados. Una mesa en el centro estaba llena de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno era de fecha muy reciente. Los libros eran de los más variados temas: historia, geografía, política, economía política, botánica, biología, derecho; todos relacionados con Inglaterra y la vida y costumbres inglesas. Había incluso libros de referencia tales como el directorio de Londres, los libros *Rojo y Azul*, el almanaque de Whitaker, los Registros del Ejército y la Marina, y, lo que me produjo una gran alegría, el Código Penal.

Mientras estaba viendo los libros, la puerta se abrió y entró el conde. Me saludó de manera muy efusiva y me expresó el deseo de que hubiese tenido buen descanso durante la noche.

Luego continuó:

—Me agrada que haya encontrado su camino hasta aquí, pues estoy seguro de que hay muchas cosas que le interesarán. Estos compañeros —dijo, y puso su mano sobre unos libros— han sido muy buenos amigos míos, y desde hace algunos años, desde que tuve la idea de ir a

Londres, me han dado muchas muchas horas de placer. A través de ellos he aprendido a conocer su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Estoy deseando caminar por las repletas calles de su poderoso Londres; estar en medio del torbellino y la prisa de la humanidad, compartir su vida, sus cambios y su muerte, y todo lo que la hace ser lo que es. Pero ¡ay!, hasta ahora solo conozco su lengua a través de libros. A usted, amigo mío, ¿le parece que hablo bien su idioma?

—Pero, señor conde —le dije—, ¿usted entiende y habla muy bien el inglés!

Hizo una reverencia.

—Le doy las gracias, amigo mío, por su muy optimista valoración; sin embargo, temo que me encuentre apenas comenzando el camino por el que voy a viajar. Verdad es que conozco la gramática y el vocabulario, pero todavía no me expreso con fluidez.

—Insisto —le dije— en que usted habla de forma excelente.

—No tanto —respondió él—. Es decir, yo sé que, si me desenvolviera y hablara en su Londres, nadie me tomaría por un auténtico inglés. Esto no es suficiente para mí. Aquí soy un noble, soy un boyardo; la gente común me conoce y yo soy su señor. Pero un extranjero en una tierra extranjera no es nadie; los hombres no lo conocen, y no conocer es no dar importancia. Yo estoy contento si soy como el resto, de modo que ningún hombre me pare si me ve, o haga una pausa en sus palabras al escuchar mi voz, diciendo: «¡Ja, ja, ¡un extranjero!». He sido durante tanto tiempo un señor que quisiera seguir siendo un señor, o por lo menos que nadie prevalezca sobre mí. Usted no viene a mí solo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter, a darme los detalles acerca de mi nueva propiedad en Londres. Yo espero que se quede conmigo un tiempo, para que mediante nuestras conversaciones yo pueda aprender el acento inglés; y me gustaría mucho que me dijese cuando cometo un error, aunque sea el más pequeño, al hablar. Siento mucho haber tenido que ausentarme durante tanto tiempo hoy, pero espero que usted perdone a alguien que tiene tantas cosas importantes entre manos.

Por supuesto que yo dije todo lo que se puede decir acerca de tener buena voluntad, y le pregunté si podía entrar en aquel cuarto cuando quisiese. Él respondió que sí, y agregó:

—Puede usted ir a donde quiera en el castillo, excepto donde las puertas están cerradas con llave, donde por supuesto usted no querrá ir. Hay razón para que las cosas sean como son, y, si usted viera con mis ojos y supiera con mi conocimiento, posiblemente entendería mejor.

Yo le aseguré que así sería, y él continuó:

—Estamos en Transilvania, y Transilvania no es Inglaterra. Nuestra manera de ser no es como la de ustedes, y habrá muchas cosas extrañas para usted. Es más, por lo que me ha contado de sus experiencias, ya sabe algo de lo extrañas que pueden ser.

Esto condujo a mucha conversación, y como era evidente que él quería hablar, aunque solo fuese por hablar, le hice muchas preguntas relativas a cosas que ya me habían pasado o de las cuales yo ya había tomado nota. Algunas veces esquivó el tema o cambió de conversación simulando no entenderme, pero por lo general me respondió a todo lo que le pregunté de la manera más franca. Entonces, a medida que pasaba el tiempo y yo iba teniendo más confianza, le pregunté acerca de algunos de los sucesos extraños de la noche anterior, como, por ejemplo, por qué el cochero iba a los lugares a donde veía la llama azul. Entonces él me explicó que era creencia común que cierta noche del año (de hecho, la noche pasada, cuando los malos espíritus, según se cree, tienen poderes ilimitados) aparece una llama azul donde hay un tesoro escondido.

—Que hay tesoros escondidos en la región por la cual usted pasó anoche —continuó él—, es algo fuera de toda duda. Esta ha sido tierra en la que han luchado durante siglos los valacos, los sajones y los turcos. A decir verdad, sería difícil encontrar un centímetro cuadrado de tierra en esta región que no hubiese sido enriquecido por la sangre de hombres, patriotas o invasores. En la antigüedad hubo tiempos agitados, cuando los austríacos y húngaros llegaban en hordas y los patriotas salían a enfrentárseles. Hombres y mujeres, ancianos y niños, esperaban su llegada entre las rocas sobre los desfiladeros para acabar con ellos provocando avalanchas. Cuando los invasores triunfaban encontraban muy poco botín, ya que todo lo que había era escondido en la amable tierra.

—Pero ¿cómo es posible —pregunté yo— que haya pasado tanto tiempo sin ser descubierto, habiendo una señal tan certera si se toma el trabajo solo de mirar?

El conde sonrió, y al moverse sus labios hacia atrás sobre sus encías, los caninos, largos y agudos, quedaron al descubierto de manera insólita. Respondió:

—¡Porque el campesino es en el fondo de su corazón cobarde e imbecil! Esas llamas solo aparecen una noche, y esa noche ningún hombre de esta tierra, si puede evitarlo, se atreve siquiera a espiar por su puerta. Y, mi querido señor, aunque lo hiciera, no sabría qué hacer.

Le aseguro que ni siquiera el campesino que usted me dijo que marcó los lugares de la llama sabrá dónde buscar durante el día. Ni siquiera usted, me atrevo a afirmar, sería capaz de encontrar esos lugares otra vez. ¿No es cierto?

—Sí, es verdad —dije yo—. No tengo ni la más remota idea de dónde debería buscarlos.

Luego pasamos a otros temas.

—Vamos —me dijo al final—, hábleme de Londres y de la casa que ha comprado a mi nombre.

Excusándome por mi olvido, fui a mi cuarto a sacar los papeles de mi portafolios. Mientras los estaba colocando en orden, oí un tintineo de porcelana y plata en el otro cuarto, y, al cruzarlo, me di cuenta de que la mesa había sido preparada y la lámpara encendida, ya que para entonces era bastante tarde. También en el estudio o biblioteca estaban encendidas las lámparas, y encontré al conde echado en el sofá, leyendo una *Guía Inglesa* de Bradshaw. Cuando entré, él quitó los libros y papeles de la mesa, y entonces comencé a explicarle los planos y los hechos y los números. Estaba interesado por todo, y me hizo infinidad de preguntas relacionadas con el lugar y sus alrededores. Estaba claro que había estudiado de antemano todo lo que podía esperar sobre su vecindario, puesto que evidentemente al final él sabía mucho más que yo. Cuando le señalé eso, respondió:

—Pero, amigo mío, ¿no es necesario que sea así? Cuando vaya allí estaré del todo solo, y mi amigo Harker Jonathan, no, permíteme, caigo siempre en la costumbre de mi país de poner primero el apellido; así pues, mi amigo Jonathan Harker no va a estar a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a kilómetros de distancia, trabajando probablemente en papeles sobre leyes con mi otro amigo, Peter Hawkins. ¿No es así?

Entramos de lleno en el negocio de la compra de la propiedad en Purfleet. Cuando le expliqué los hechos y firmó los papeles pertinentes, y escribí una carta con ellos para enviársela al señor Hawkins, comenzó a preguntarme cómo había encontrado un lugar tan apropiado. Entonces yo le leí las notas que había tomado en aquel tiempo, y las cuales transcribo aquí:

En Purfleet, al lado de la carretera, me encontré con un lugar que parece ser justamente el requerido, y donde un letrero anunciaba que la propiedad estaba en venta. Está rodeada de un alto muro, de

estructura antigua, construido de piedras pesadas, y que no ha sido reparado durante muchos años. Los portones cerrados son de pesado roble viejo y hierro, todo carcomido por el moho.

La propiedad se llama Carfax, que sin duda es una corrupción del antiguo Quatre Face, ya que la casa tiene cuatro lados, coincidiendo con los puntos cardinales. Contiene en total unas ocho hectáreas, completamente rodeadas por el sólido muro de piedra arriba mencionado. El lugar tiene muchos árboles, lo que le da un aspecto lúgubre, y también hay una poza o pequeño lago, profundo, de apariencia sombría, evidentemente alimentado por algunas fuentes, ya que el agua es clara y se desliza en una corriente bastante apreciable. La casa es muy grande y antigua, yo diría que de la época medieval, pues una de sus partes es de piedra muy gruesa, con unas pocas ventanas abarrotadas con hierro.

Parece una parte de un castillo, y está muy cerca de una vieja capilla o iglesia. No pude entrar en ella, ya que no tenía la llave de la puerta que conducía a su interior desde la casa, pero he tomado con mi Kodak vistas desde varios puntos. La casa ha sido añadida después, pero de una manera muy rara, y solo puedo adivinar de manera aproximada la extensión de tierra que cubre, que debe de ser mucha. Hay muy pocas casas cercanas, una de ellas es muy larga, recientemente ampliada y acondicionada para servir de asilo privado de lunáticos. Sin embargo, no es visible desde el terreno.

Cuando terminé, el conde dijo:

—Me alegra que sea grande y vieja. Yo mismo provengo de una antigua familia, y vivir en una casa nueva me mataría. Una casa no puede hacerse habitable en un día, y, después de todo, ¡qué pocos son los días necesarios para hacer un siglo! También me regocija que haya una capilla de tiempos ancestrales. Nosotros, los nobles transilvanos, no pensamos con agrado que nuestros huesos lleguen a descansar entre los muertos comunes. Yo no busco ni la alegría ni el júbilo, ni la brillante voluptuosidad de muchos rayos de sol y aguas centelleantes que agradan tanto a los jóvenes alegres. Ya no soy joven; y mi corazón, a través de los pesados años de velar sobre los muertos, ya no está dispuesto para la alegría. Es más: las murallas de mi castillo están quebradas; muchas son las sombras, y el viento respira frío a través de las rotas murallas y casamatas. Amo la sombra y la oscuridad, y prefiero, cuando puedo, estar a solas con mis pensamientos.

De alguna forma sus palabras y su mirada no parecían estar de acuer-

do, o quizá era que la expresión de su rostro hacía que su sonrisa pareciera maligna y saturnina.

Al poco rato, con una excusa, me pidió que recogiera todos mis papeles y se fue. Llevaba ya un rato ausente, y yo comencé a hojear algunos de los libros que tenía más cerca. Uno era un atlas, el cual, naturalmente, estaba abierto en Inglaterra, como si el mapa hubiese sido muy usado. Al mirarlo encontré ciertos lugares marcados con pequeños círculos, y al examinarlos advertí que uno estaba cerca de Londres, en el lado este, donde estaba situada su nueva propiedad. Los otros dos eran Exeter y Whitby, en la costa de Yorkshire.

Transcurrió aproximadamente una hora antes de que el conde regresara.

—¡Ajá! —dijo él—. ¿Todavía con sus libros? ¡Bien! Pero no debe usted trabajar siempre. Venga; me han dicho que su cena ya está preparada.

Me tomó del brazo y entramos en el siguiente cuarto, donde encontré una excelente cena ya dispuesta sobre la mesa. De nuevo el conde se disculpó, ya que había cenado durante el tiempo que había estado fuera de casa. Pero, al igual que la noche anterior, se sentó y charló mientras yo comía. Después de cenar fumé e, igual que la noche previa, el conde se quedó conmigo, charlando y haciendo preguntas sobre todos los posibles temas, hora tras hora. Me pareció que ya se estaba haciendo muy tarde, pero no dije nada, ya que me sentía obligado a satisfacer los deseos de mi anfitrión en cualquier forma posible. No es que tuviera sueño, ya que la larga noche de descanso del día anterior me había fortalecido; pero no pude evitar experimentar ese escalofrío que lo sobrecoge a uno con la llegada de la aurora, que es, a su manera, el cambio de marea. Dicen que la gente que está agonizando muere generalmente con el cambio de la aurora o con el cambio de la marea, y cualquiera que haya estado cansado y obligado a mantenerse en su puesto ha experimentado este cambio en la atmósfera. De pronto, oímos el canto de un gallo, que llegó con sobrenatural estridencia a través de la mañana clara; el conde Drácula saltó sobre sus pies, y dijo:

—¡Pues ya ha llegado otra vez la mañana! Qué descuidado soy obligándole a que se quede despierto tanto tiempo. Debe hacer que su conversación acerca de mi querido nuevo país, Inglaterra, sea menos interesante, para que no olvide cómo vuela el tiempo entre nosotros.

Dicho esto, hizo una reverencia muy cortés y se alejó rápidamente.

Yo entré en mi cuarto y abrí las cortinas, pero había poco que observar; mi ventana daba al patio central, y todo lo que pude ver fue el caluroso gris del cielo despejado. Así que volví a cerrar las ventanas y escribí lo relativo a ese día.

8 de mayo. Cuando comencé a escribir este diario, temí que me estuyese explayando demasiado, pero ahora me complace haber entrado en detalle desde un principio porque hay algo tan extraño acerca de este lugar y de todas las cosas que suceden que no puedo sino sentirme inquieto. Desearía estar lejos de aquí, o no haber venido jamás. Puede ser que esta extraña existencia de noche me esté afectando, pero ¡cómo desearía que eso fuese todo! Si hubiese alguien con quien pudiera hablar creo que lo soportaría, pero no hay nadie. Solo tengo al conde para hablar, ¡y él...! Temo ser la única alma viviente del lugar. Permítaseme ser prosaico tanto como los hechos lo sean, ya que me ayudará a soportar la situación, y la imaginación no debe corromperse conmigo. Si lo hace, estoy perdido. Diré de una vez por todas en qué situación parezco encontrarme.

Dormí unas pocas horas y, sintiendo que no podía dormir más, me levanté. Colgué mi espejo de afeitarse en la ventana y estaba empezando a afeitarme cuando sentí una mano sobre mi hombro y oí la voz del conde diciéndome:

–Buenos días.

Me sobresaltó, pues me asombraba no haberlo visto, ya que la imagen del espejo cubría la totalidad del cuarto detrás de mí. Debido al sobresalto me corté ligeramente, pero de momento no lo noté. Después de contestar al saludo del conde, me volví hacia el espejo para ver en qué me había equivocado. Esta vez no podía haber ningún error, dado que el hombre estaba cerca de mí y yo podía verlo por encima de mi hombro, ¡pero no había ninguna imagen de él en el espejo! Todo el cuarto detrás de mí estaba reflejado, pero no había en él señal de ningún hombre, a excepción de mí mismo. Esto era sorprendente, y, sumado a la gran cantidad de cosas raras que ya habían sucedido, comenzó a incrementarse ese vago sentimiento de inquietud que siempre tengo cuando el conde está cerca. Pero en ese instante vi que la herida había sangrado ligeramente y que un hilillo de sangre bajaba por mi mentón. Deposité la navaja de afeitarse, y me giré para buscar un apósito adhesivo.

Cuando el conde vio mi cara, sus ojos relumbraron con una especie de furia demoníaca, y de repente se lanzó sobre mi cuello. Yo retrocedí

y su mano tocó la cadena del rosario que sostenía el crucifijo. Esto provocó un cambio instantáneo en él: la furia se le pasó tan rápidamente que era como si jamás la hubiera sentido.

—Tenga cuidado —dijo él—, tenga cuidado de no cortarse. Es más peligroso de lo que usted cree en este país —añadió, y cogió el espejo de afeitarse—. Y esta maldita cosa es la causante. Es una burbuja podrida de la vanidad del hombre. ¡Fuera de aquí!

Al decir esto abrió la pesada ventana y, con un tirón de su horrible mano, lanzó por ella el espejo, que se hizo añicos en las piedras del patio interior. Luego se retiró sin decir palabra. Todo esto es un fastidio, porque ahora no veo cómo voy a afeitarme, a menos que use la caja de mi reloj o el fondo de mi vasija de afeitarse, que afortunadamente es de metal. Cuando entré en el comedor, el desayuno estaba preparado; pero no pude encontrar al conde por ningún lugar. Así que desayuné solo. Es extraño, no he visto al conde comer o beber hasta ahora. ¡Debe de ser un hombre muy peculiar! Después del desayuno hice una pequeña exploración por el castillo. Subí por las gradas y encontré un cuarto orientado hacia el sur. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba tenía toda la oportunidad para apreciarla. El castillo se encuentra al borde mismo de un terrible precipicio. ¡Una piedra que caiga desde la ventana puede descender trescientos metros sin tocar nada! A lo lejos, solo se ve un mar de verdes copas de árboles, con alguna grieta ocasional donde hay un abismo. Aquí y allí se ven hilos de plata de los ríos que pasan por profundos desfiladeros a través del bosque.

Pero no estoy con ánimo para describir tanta belleza, ya que cuando contemplé la vista exploré un poco más y encontré por todos lados puertas, puertas, puertas, todas cerradas y con llave. No hay ningún lugar, a excepción de las ventanas en las paredes del castillo, por el cual se pueda salir.

¡El castillo es en verdad una prisión, y yo soy un prisionero!

DIARIO DE JONATHAN HARKER (CONTINUACIÓN)

Cuando me di cuenta de que era un prisionero, una especie de sensación salvaje se apoderó de mí. Corrí arriba y abajo por las escaleras, comprobando cada puerta y mirando a través de cada ventana que encontraba, pero al cabo de un rato la convicción de mi impotencia se sobrepuso a cualquier otro sentimiento. Ahora, después de unas horas, cuando pienso en ello me imagino que debí de volverme loco, pues me comporté como una rata atrapada en una trampa. Sin embargo, cuando tuve la convicción de mi impotencia, me senté tranquilamente, tan tranquilamente como jamás lo he hecho en mi vida, y comencé a pensar qué era lo mejor que podía hacer. De una cosa sí estoy seguro: no tiene sentido dar a conocer mis ideas al conde. Él sabe perfectamente que estoy atrapado; y, como él mismo es quien lo ha provocado, y sin duda tiene sus motivos, si le confieso mi situación solo tratará de engañarme.

Por lo que hasta aquí puedo ver, mi único plan será mantener mi descubrimiento y mis temores en secreto, y mis ojos abiertos. Sé que o estoy siendo engañado como un niño, por mis propios temores, o estoy en un aprieto; y, si se trata de esto último, preciso todas mis capacidades mentales para salir adelante.

Apenas había llegado a esta conclusión cuando oí que la gran puerta de abajo se cerraba, y supe que el conde había regresado. No llegó de inmediato a la biblioteca, por lo que yo cautelosamente regresé a mi cuarto, y lo encontré arreglándome la cama. Esto era raro, pero solo confirmó lo que yo ya sospechaba desde hacía bastante tiempo: en la casa no había sirvientes. Cuando después lo vi a través de la hendidura de los goznes de la puerta arreglando la mesa en el comedor, ya no tuve ninguna duda: si él se encargaba de hacer todos aquellos oficios minúsculos, seguramente no había nadie más en el castillo, y

el mismo conde debió de ser el cochero que me trajo en la calesa hasta aquí. Este es un pensamiento terrible; pues, en ese caso, significa que puede controlar a los lobos, tal como lo hizo, con el simple gesto de levantar la mano en silencio. ¿Por qué sería que toda la gente en Bistriz y en el coche sentía tanto temor por mí? ¿Qué significado le daban al crucifijo, al ajo, a la rosa salvaje, al fresno de montaña? ¡Bendita sea aquella buena mujer que me colgó el crucifijo alrededor del cuello! Me da consuelo y fuerza cada vez que lo toco. Es curioso que algo que me enseñaron que debía ver con desagrado y como algo idólatra pueda ser de ayuda en tiempos de soledad y problemas. ¿Es que hay algo en su esencia, o es que es un medio, una ayuda tangible que evoca el recuerdo de simpatías y consuelos? En algún momento, si es posible, tendré que examinar este asunto y tratar de llegar a alguna conclusión. Mientras tanto debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula, ya que eso me puede ayudar a comprender. Esta noche lo haré hablar sobre él mismo, guiando la conversación en esa dirección. Sin embargo, debo ser muy cuidadoso para no despertar sus sospechas.

Medianoche. He tenido una larga conversación con el conde. Le hice unas cuantas preguntas acerca de la historia de Transilvania, y él respondió con entusiasmo. Al hablar de cosas y personas, y especialmente de batallas, lo hizo como si hubiese estado presente en todas ellas. Esto me lo explicó posteriormente diciendo que para un boyardo el orgullo de su casa y su nombre es su propio orgullo, que la gloria de ellos es su propia gloria, que el destino de ellos es su propio destino. Siempre que hablaba de su casa se refería a ella diciendo «nosotros», y casi todo el tiempo utilizaba el plural, como hacen los reyes. Me gustaría poder escribir aquí exactamente todo lo que dijo porque me resulta de lo más fascinante. Parecía estar ahí toda la historia del país. A medida que hablaba se fue emocionando, y se paseó por el cuarto tirando de sus grandes bigotes blancos y sujetando todo lo que tenía en sus manos como si fuese a estrujarlo. Dijo una cosa que trataré de describir fielmente; puesto que, a su manera, en ella está narrada toda la historia de su raza:

—Nosotros los sículos tenemos derecho a estar orgullosos, ya que por nuestras venas circula la sangre de muchas razas bravías que pelearon como pelean los leones por su señorío. Aquí, en el torbellino de las razas europeas, la tribu úgrica trajo desde Islandia el espíritu de lucha que Thor y Odín le habían dado, y del cual hicieron gala

los *berserkers* en las costas de Europa, y de Asia y de África también, de modo que la misma gente creyó que habían llegado los propios hombres lobo.

»Aquí también, cuando llegaron, encontraron a los hunos, cuya furia guerrera había barrido la tierra como una llama viviente, de tal manera que la gente moribunda creía que por sus venas corría la sangre de aquellas brujas antiguas, que fueron expulsadas de Escitia y se unieron a los diablos en el desierto. ¡Tontos, tontos! ¿Qué diablo o qué bruja ha sido alguna vez tan grande como Atila, cuya sangre está en estas venas? –dijo, levantando sus brazos–. ¿Puede resultar sorprendente que nosotros fuéramos una raza conquistadora, que fuéramos orgullosos, que cuando los magiares, los lombardos, los avares, los búlgaros o los turcos se lanzaron por miles sobre nuestras fronteras nosotros los forzáramos a retroceder?

»¿Es extraño que cuando Arpad y sus legiones se desparramaron por la patria húngara nos encontraran aquí al llegar a la frontera, que el *Honfoglalás* se completara aquí? Y cuando la inundación húngara se desplazó hacia el este, los sículos fueron proclamados parientes por los misteriosos magiares, y fue a nosotros durante siglos a quienes se nos confió la guardia de la frontera de Turquía. Sí, y más aún, el interminable deber de la guardia de la frontera, pues, como dicen los turcos, “el agua duerme y el enemigo vela”. ¿Quién más feliz que nosotros entre las Cuatro Naciones recibió “la espada ensangrentada”, o corrió más rápidamente al lado del rey cuando este lanzaba su grito de guerra?

»¿Cuándo fue redimida la gran vergüenza de la nación, la vergüenza de Kosovo, cuando las banderas de los valacos y de los magiares se rindieron ante la Media Luna? ¿Quién, sino uno de mi propia raza, cruzó el Danubio en Voivodina para vencer al turco en su propia tierra? ¡Este era indudablemente un Drácula! ¡Ay de aquel indigno hermano suyo, que, después de su caída, vendió su gente a los turcos y trajo sobre ellos la vergüenza de la esclavitud! ¿No fue, pues, este Drácula quien inspiró a aquel otro de su raza que, en una época posterior, repetidas veces hizo que sus tropas cruzaran el Gran Río y penetraran en territorio turco; que, cuando era rechazado, volvía una y otra vez, aunque tuviera que ir solo, al sangriento campo de batalla donde sus tropas estaban siendo masacradas, porque sabía que solo él podía garantizar el triunfo? Dicen que él solo pensaba en él... ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un jefe? ¿En qué termina una guerra que no tiene un cerebro y un corazón que la dirija?

Y después de la batalla de Mohacs, cuando nos sacudimos el yugo húngaro, nosotros, los de sangre Drácula, estuvimos entre los caudillos, puesto que nuestro espíritu jamás ha renunciado a la libertad. ¡Ah, joven amigo!, los sículos (y los Drácula, que somos su cerebro y su espada) pueden enorgullecerse de un récord que esas estirpes que se reproducen como hongos, los Habsburgo y los Románov, jamás pudieron alcanzar. Los días de guerra ya terminaron. La sangre es una cosa demasiado preciada en estos días de paz deshonorables; y la gloria de las grandes razas es historia.

Para entonces ya casi amanecía, y nos fuimos a acostar. (Este día se parece mucho a *Las mil y una noches*, ya que todo cesa cuando canta el gallo, o como el fantasma del padre de Hamlet).

12 de mayo. Permítaseme comenzar con hechos, con meros y escuetos hechos, verificados con libros y números, y de los cuales no puede haber duda alguna. No debo confundirlos con experiencias que tendrán que descansar en mi propia observación, o en mi recuerdo de ellas. Anoche, cuando el conde llegó de su cuarto, empezó por hacerme preguntas de asuntos legales y sobre cómo se tramitaban cierta clase de negocios. Había pasado el día fatigosamente sobre libros y, tan solo para mantener mi mente ocupada, me puse a reflexionar sobre algunas cosas que había estado examinando en la posada de Lincoln. Hay cierto método en las pesquisas del conde, así que trataré de ponerlas en orden de sucesión. El conocimiento puede de alguna forma y alguna vez serme útil.

Primero me preguntó si un hombre en Inglaterra puede tener dos procuradores o más. Le dije que si deseaba podía tener una docena, pero que no sería oportuno tener más de un procurador empleado en una transacción, debido a que solo podía actuar uno cada vez, y que ir alternándolos sería sin duda actuar en contra de su interés. Pareció que entendió bien lo que le quería decir y continuó preguntándome si habría una dificultad práctica al tener a un hombre atendiendo, digamos, las finanzas, y a otro preocupándose por los embarques, en caso de que se necesitara ayuda local en un lugar lejano de la casa del procurador financiero. Le pedí que me lo explicara con más detalle, de modo que no le diera una respuesta equivocada. Entonces dijo:

—Pondré un ejemplo. Nuestro amigo en común, el señor Peter Hawkins, desde la sombra de su bella catedral en Exeter, que queda bastante retirada de Londres, compra para mí a través de sus buenos oficios

una propiedad en Londres. ¡Muy bien! Ahora déjeme decirle francamente, a menos que usted piense que es muy extraño que yo haya solicitado los servicios de alguien tan lejos de Londres, en lugar de otra persona residente ahí, que mi único motivo fue que ningún interés local fuese servido excepto mis propios deseos. Y, como alguien residiendo en Londres pudiera tener, tal vez, algún propósito para sí o para amigos a quienes sirve, busqué a mi agente en la campiña, cuyos trabajos solo serían para mi interés. Ahora bien, supongamos que yo, que tengo muchos asuntos que atender, deseo embarcar algunas cosas a Newcastle, Durham, Harwich o Dover, ¿no sería más fácil hacerlo consignándolas a uno de estos puertos?

Yo le respondí que sin duda sería más fácil, pero que nosotros los procuradores teníamos un sistema de agencias de unos a otros, de manera que el trabajo local podía hacerse localmente siguiendo las instrucciones de cualquier procurador, por lo que el cliente, poniéndose simplemente en las manos de un hombre, podía ver cumplidos sus deseos sin tomarse más molestias.

—Pero —dijo él— yo tendría la libertad de dirigirme a mí mismo. ¿No es así?

—Por supuesto —le repliqué—, eso es lo que hacen a menudo los hombres de negocios, a quienes no les gusta que todos sus asuntos estén en manos de una sola persona.

—¡Magnífico! —exclamó.

Y entonces pasó a preguntarme acerca de los medios para enviar cosas en consignación y las formas por las cuales se tenían que pasar, y toda clase de dificultades que pudiesen surgir, pero que pudiesen ser previstas pensándolas de antemano. Le expliqué todas esas cosas lo mejor que pude, y ciertamente me dio la impresión de que habría sido un magnífico procurador, pues no había nada que no pensase o previese. Para un hombre que nunca había estado en el país, y que evidentemente no se ocupaba mucho en asuntos de negocios, sus conocimientos y perspicacia eran excelentes. Cuando estuvo satisfecho con esos puntos de los cuales había hablado, y yo había verificado todo también con los libros que tenía a mano, se puso repentinamente de pie y dijo:

—¿Ha escrito desde su primera carta a nuestro amigo el señor Peter Hawkins, o a alguien más?

Con cierta amargura en mi corazón le respondí que no, ya que hasta entonces no había visto ninguna oportunidad de enviarle cartas a nadie.